

na? Veinticuatro horas sin dinero en una población dedicada al juego, son mortales... Hallé medios de conciliarlo todo: los salones del *Kursaal* se abren á las once, el tren no parte, en realidad, hasta las once y treinta y cinco, tengo lo menos veinte minutos por delante. Si gano, me quedará un día más, y si pierdo me marcharé inmediatamente. Si, pero M. D... no me ha prestado sus doscientos francos para jugar en contra suya; se hubiese guardado muy bien de darme armas para combatirle; ¿estaría bueno que le desbancase! ¡Bah! es dinero mío, después de todo; ¿no he firmado un recibo que tendré que recoger? ¡Atrás escrúpulos exagerados, timidez tonta, falsa delicadeza!

Volví de nuevo al hotel, hice que cargasen mi equipaje en el omnibus, entregué al conductor los cuarenta francos destinados á mi billete de primera, que no le tomará hasta el último momento, llamé á un cochero, á quien pagué adelantado por prudencia, y me dirigí al Casino. Las once daban; entro y subo precipitadamente la escalera. Los jefes de las partidas están haciendo sus cuentas y preparando el dinero; por fin uno de ellos pronuncia esas palabras tantas veces murmuradas á mi oído:

—Señores, *hagan juego*.

¡A los diez minutos mis cinco luisas habían desaparecido!

XIII

Ya me encuentro en la estación. No me preocupa otra idea que encontrar un coche donde pueda entregarme al sueño, ahora mi único consuelo; en la primer portezuela que abrí, fui acogido con estas palabras:

—Dispense usted, caballero, este departamento es el reservado para los *tronados*.

—Pues precisamente es el que busco.

Al entrar yo, estallaron ruidosas y alegres carcajadas; me hallaba en presencia de tres parisienses muy conocidos, todos amigos míos.

—¡Vosotros aquí!—les dije.—¿Pues cómo no os ví ayer en el Casino?

—Porque no hemos salido en todo el día de nuestros cuartos. Nos dejaron anteayer sin un franco y esperábamos dinero.

—No teniais más que pasar una tarjeta al contratista del juego y os hubiera prestado algo.

—Ya lo había hecho ocho días seguidos, todas las mañanas, y por cortesía se lo devolvíamos en el día.

—¿De modo que acabáis de entregárselo ahora?

—Uno de nosotros ha sido el que ha tenido el singular placer de recibirlo. Quería mar-

char hoy de aquí á todo trance, y como al salir de París nos habíamos obligado á volver juntos, ha pagado las cuentas del fondista de los tres, y nos ha tomado los billetes de vuelta. Y ahora para hacer toda clase de locuras en el camino, ¿cuánto dirás que nos queda?... Dos francos y medio.

—Pues señores— les dije con arrogancia,— voy á confiarles mi fortuna.

Y uní á la masa común un franco veinticinco céntimos, que era lo que tenía.

Se oyó un silbido y el tren partió. Parece como que respetaban nuestra desgracia; íbamos solos en nuestro compartimiento. Entonces empezó la conversación más alegre que puede imaginarse. Cada cual refirió sus aventuras y sus infortunios con esa alegría propia y exclusiva de parisienses que viajan, aunque les hayan dejado sin blanca.

Estamos ya en Pepinster. En esta estación se deja el ramal de Spa, y se toma la extensa línea que conduce á París. Nos apeamos del coche y nos paseamos un rato por el andén. Uno de mis compañeros de viaje propuso que entrásemos en la fonda por pasar el tiempo. Inmediatamente se le puso el fondo social ante su vista y se le hizo comprender que debía moderar sus pasiones.

Dieron la señal de llegada del tren de Colonia. Se paró y fuimos á apoderarnos de un coche vacío, cuando en la portezuela del compartimiento inmediato, vimos una preciosa cabeza de mujer. R... la conocía; verla, abrir la portezuela, seguirle todos los demás é in-

vadir el compartimiento que ella ocupaba, fué obra de un segundo.

—¡Calla, eres tú!

—El mismo, y estos amigos que te presento.

—Los conozco. Felices, señores.

—¿De dónde vienes?

—De Colonia, donde tengo una tía.

—¡Una tía, tú! Vaya, me parece que exageras. Si tú no has tenido familia nunca.

—¡Ea! ¿ya empiezas á faltarme?

—Y vosotros, ¿de dónde salís?

—De Spa...

—Y qué ¿habéis ganado?

—¡Sí, mira!

Y pusimos ante sus ojos nuestros tres francos setenta y cinco céntimos.

—Y yo que contaba con vosotros para almorzar— dijo,— prorrumpiendo en alegres careajadas.

—Qué, ¿tampoco tienes dinero?

—¿No sabes que tengo hecho voto de no llevar nunca un luis en el bolsillo?

—¿Pues cómo viajas?

—Me toman los billetes y me alimento en el camino como Dios me da á entender. No siempre me sucede encontrar... *tipos* como vosotros.

Y decía la verdad; esta chica, que hace poco tiempo llama la atención de París y gasta cien mil francos todos los inviernos, no ha tenido diez luises juntos en su portamonedas, tanto es lo que confía en su propia fama. Es la criatura más loca del mundo. Su última aventura puede contarse como entretenimien-

to de viaje. Hacía comercio... de amistad con un muchacho muy rico, pero muy joven; tanto, que servía como voluntario en un regimiento de caballería. Como se consumiese de hastío en el pueblo donde estaba de guarnición, escribió un día á X... *Vente y me ayudarás á tener paciencia*. X... salió de París y llegó al pueblo de... con su cestita de mano y sus preciosos ojos negros. Era lo único que llevaba. El joven en cuestión, que voluntariamente había sentado plaza en el ejército por pura afición, para hacer debidamente los honores á tan amable visita, empezó á descuidar el servicio y á reemplazar los paseos militares por excursiones alegres á todos los pueblos cercanos. No tardó mucho en hacerse notar aquella chica, de maneras desenvueltas, siempre al lado de nuestro joven soldado. El capitán de la compañía se enteró y dió cuenta al coronel, que hizo ir á su presencia al voluntario parisién. Este olvidó su modesto rango militar, no se acordó más que de su brillante posición en la sociedad, y faltó al respeto á su jefe. Resultado: quince días de calabozo y el aumento de un año de servicio en el ejército. Desesperación del individuo, sentimiento de pesar en su compañera. ¿No era ella quien había causado la desgracia del joven? ¡Pues ella debía salvarle! Va en busca del capitán y le dice:—Perdonadle por favor, y mi agradecimiento será eterno.—Los militares—la dijo,—no creemos que las mujeres agradezcan nada; dadme algo en prenda.—¡Aquí me tenéis! ¿Está libre ya?—¡Ah!—responde, algo

tardamente por cierto, el capitán,—yo no puedo hacer nada; ya depende todo del coronel.—X... corre á casa del coronel, que después de haber tenido la poca delicadeza de exigir prendas, dice que el asunto corresponde al general. Este tiene las mismas exigencias; X... hace las mismas concesiones, pero el sumario se halla en el Ministerio de la Guerra. Habiendo ido ya demasiado lejos para retroceder, y abrigando la idea de que cumple un deber, se resigna á toda clase de sacrificios, y X... recorre las oficinas, se desorienta en los negociados, prodiga prendas á diestro y siniestro, hasta que llegó el momento en que la dijeron:—Tan sólo el ministro es quien puede mejorar la suerte de vuestro protegido.—Y pide una audiencia; pero en Francia, es cosa sabida, una mujer bonita no ha ejercido nunca influencia en ningún ministro; estos excelentísimos señores son incorruptibles, y el voluntario, nuestro héroe, tuvo que sufrir la pena impuesta.

—¡Lieja! ¡cinco minutos de parada!

Nuestro coche se vió aquí asaltado por un enorme belga, muy mal educado. Empezó por sentarse encima de nuestra delicada compañera, que dió un grito, y cediendo su asiento, se refugió á nuestro lado. El intruso nos miraba con los ojos abiertos y como asombrado. No tenía, sin duda, costumbre de encontrarse entre verdaderos parisienses. Nuestros trajes, nuestras maneras, nuestro lenguaje, todo le extrañaba. A poco sacó del bolsillo una larga pipa alemana con la chimenea de porcela-

na pintada, la atascó tranquilamente de tabaco y la encendió. Nos miramos sin poder protestar, porque dos de nosotros fumábamos cigarros, y X... había ya consumido diez cigarrillos, cuyas colillas se veían esparcidas sobre el piso del coche. Sin embargo, el humo que se desprende de la pipa es tan espeso y de un olor tan desagradable, que R. se decidió á bajar un cristal cerrado hasta entonces. El belga, á quien sin duda no agradaban las corrientes de aire, extiende una mano inmensa y levanta la ventanilla. R... vuelve á bajarla al momento, y el belga la levanta una vez más. Nos miramos unos á otros con estupor. ¿Quién vencerá, Francia ó Bélgica? El amor propio nacional estaba en juego. Entonces nuestro amigo R... se envolvió tranquilamente la mano en un pañuelo, y dando un golpe en el cristal, le hizo saltar en mil pedazos. Nuestro vecino, completamente asombrado con nuestro sistema de quitar obstáculos, se puso de nuevo á fumar en su pipa con más furia que antes. Nuestra compañera se reía con todas sus fuerzas, y como enseñaba unos dientes preciosos, no dejábamos de mirarla.— *Al freir será el reir*— debió decir para sus adentros el belga, á quien nuestros proverbios no le eran desconocidos. En efecto, en la estación de Namur nos abandonó bruscamente, y cuando nos felicitábamos de aquella marcha tan repentina, que creíamos definitiva, vuelve de nuevo, se reinstala en su asiento, y detrás de él aparece un empleado de la estación, que dirigiéndose á nos-

otros nos dice:—Uno de ustedes ha roto ese cristal; el que sea, tiene que pagar tres francos.—Nuestro enemigo se había vengado yendo á denunciarnos. Quisimos protestar; X... tuvo el aplomo de afirmar que el cristal lo había roto el belga; pero nosotros inspiramos menos confianza al empleado que su compatriota, y nos vimos obligados á pagarle. No nos quedaron más que setenta y cinco céntimos para el resto del viaje. Jamás se habrá visto viajero alguno en situación tan desesperada. Nuestro denunciador se había embozado en un fuerte capote para preservarse del aire. No debía sentir pena ninguna, porque se durmió profundamente, mientras que nosotros, fijos los ojos en nuestros recursos, nos preguntábamos cómo llegarían á comer cinco personas con setenta y cinco céntimos. El hambre se dejaba sentir cruelmente, y cuando R... propuso comernos el belga, nadie dijo nada; por primera vez en nuestra vida comprendimos y excusamos á los naufragos de *La Medusa*.

En la frontera, mientras los carabineros reconocían los equipajes, todos nosotros nos pusimos en busca de algún viajero conocido á quien pedir prestados cinco francos. Le firmaríamos todos nosotros aunque fuese un recibo de doble suma si fuese preciso. ¡Ah! éramos los únicos parisienses que íbamos en el tren; ninguno de los banqueros que viajaban con nosotros nos conocían lo bastante para aceptar nuestras firmas.

Henos ya en Tergnier. Son las seis y media.

Henos almorzando á las diez y no llegaremos á París hasta las nueve.

—Veinte minutos de parada y fonda—gritaron los mozos de la estación.

Estas voces despertaron á nuestro belga; arrojó lejos de sí su capote y se bajó del coche. ¡Ah! el miserable va á comer.

—Podíamos dejar en prenda nuestras alhajas—dijo uno de nosotros. ¡Vana esperanza! Los relojes de mis amigos habían quedado empeñados en casa de un judío de Spa. El mío me le dejé en París; por prudencia nunca le llevo á esas ciudades dedicadas al juego, por evitar las formalidades que necesita un extranjero para empeñar algo. En cuanto á las sortijas de X... que puso generosamente á disposición nuestra, no nos permitió aceptarlas nuestra delicadeza.

Pero R... fué por provisiones con el fondo social, y trajo pan, un poco de queso y una botella de agua. Nos aseguró que lo había regateado mucho y por eso había llegado á tan buen resultado: nosotros le dimos por unanimidad un voto de gracias. A guisa de mantel extendimos un pañuelo blanco sobre el asiento y nos pusimos á la mesa. Apenas habíamos empezado cuando apareció de nuevo el belga; un compatriota suyo, á quien sin duda habían encontrado en la fonda, le acompañaba. Se instalaron en el rincón opuesto al nuestro y sacaron de sus bolsillos diversos envoltorios, de donde vimos salir medio jamón, un pollo, un magnífico salchichón, seis panecillos, uvas, tres botellas de Burdeos y media de café.

La comida de ambos duró dos horas; después encendieron su pipa y se durmieron.

Nosotros, en cambio, puestas las manos en el estómago, que nos dolía, no pudimos cerrar los ojos.

Por fin llegamos.

A las diez, sin siquiera ir á nuestros domicilios respectivos, cenamos en el café Inglés, dejando á deber el importe, donde somos todos conocidos, y á media noche entraba en mi casa.

No tenía allí ninguna noticia de ella, y no me apesadumbró tanto como otras veces. Las doscientas leguas que acababa de recorrer en cuarenta y ocho horas, las dos noches sin dormir y las emociones del juego me habían hecho perder la sensibilidad. El cansancio había matado el amor; el cuerpo había vencido al alma; no quería más que dormir, y... bien pronto me dormí.

XIV

Me desperté tranquilo, sí, pero más enamorado que nunca. Eso debía sucederme así que me viese libre de la fiebre del viaje y de la lucha. ¿Qué voy á hacer? Es inútil engañarme; tres días hace que me dió una tregua con ciertas condiciones, pero estas no han sido cumpli-

das. Voy á vestirme y me iré á su casa, la contaré con todos sus detalles mi viaje, lloraré mi derrota y la suplicaré que me trate como si hubiese vuelto victorioso. La situación es grave; es preciso tener valor y mirarla frente á frente. Si ella hubiese roto nuestros lazos por no quererme, podría convencerla de que se hallaba equivocada sobre la naturaleza de sus sentimientos para conmigo, é invocando el pasado acaso consiguiere prolongar la situación. Pero no es eso, yo la soy tan agradable como antes, al menos así me lo ha dicho; pero no la soy nada útil, y ahora quisiera que uniese yo lo uno á lo otro. Esta combinación, ventajosa para ella, no está al alcance de mis medios. ¿Tengo derecho, ni es delicado tampoco, presentarme con el corazón repleto de amor, pero con las manos vacías? Evidentemente que no. Desde el momento en que la cuestión de dinero se halla sobre el tapete, debo resolverla, si puedo, y si no desaparecer de su vista. Cualquiera más afortunado que yo me sustituirá.

Es muy duro, sin embargo, perderla porque no tengo un puñado de billetes de Banco, mientras que otro... ¡Pero qué! ¿no has querido amores fáciles no sujetos á las leyes civiles ni morales, sin los indisolubles lazos del matrimonio, sin temor de ser marido, sin obligaciones sociales, y no te has dirigido á una de esas mujeres que, según la frase de Prudhomme, comercian con el amor? ¿De qué te quejas? De que no me lo haya advertido desde el principio; yo creía... Tú creías... pues era

ser demasiado inocente. Y sin embargo tus amigos te han abierto los ojos con respecto á ese particular. Cuando tú les decías candorosamente:—No es una mujer que se vende, es una mujer que se da, ellos te respondían:—No tal, es una mujer que se presta, y quien más interés ofrece por el préstamo, hace el negocio.—Es decir, que ha llegado la hora de ponerte á prueba, á no ser que la abandones por completo y no te acuerdes para nada del pasado. ¡Oh! está seguro de ello, la bancarota no la considerarían fraudulenta, la llamarían una simple quiebra, porque ahora te olvida de buena fe, sin malicia alguna. ¿De modo que decididamente es una cortesana?—Tu asombro, querido amigo, es chistoso.—¡Pues qué! en vez de Hetaria y de sus descendientes, tú, parisién del siglo XIX, no has inventado la *lorette*, la *entreténida*, la *cocotte*, y el día que te encuentras con una de esas creaciones, ó por mejor decir, una de esas criaturas, reniegas de ella, no quieres reconocerla? ¡Sea! ¡no la veré jamás! Nuestros amores han concluido, todo ha terminado entre nosotros. Pero es preciso, al menos, que la escriba. Me espera, aguarda lo que la he dicho que la llevaría, no tengo derecho á mantenerla por completo ignorante de su suerte.

¡Ea, ya está hecho! La doy cuenta de las decepciones de mi viaje y de la necesidad en que estoy de no verla, puesto que no puedo hacer nada en favor suyo. Mi carta es digna, sería... ¡oh, muy seria! He llegado hasta énternecerme un poco en las últimas líneas al hablarla

de nuestra separación; he hecho algunas alusiones al pasado, ¿me gusta tanto evocar nuestros recuerdos queridos! Al darla el último adiós, en vez de tinta, lágrimas brotaban de los puntos de la pluma. Acaso me haya extendido demasiado en el beso de despedida. Pero sí, lo repito, es muy digna la carta, muy digna.

La carta ha partido para su destino. No hay nada como las situaciones claras. Me encuentro más ligero, más bien, más alegre... Cuán agradable es decirse:—Puedes disponer del tiempo á medida de tus deseos, cesas ya de obedecer á un gesto, á una mirada; no dependes ya de un capricho; una palabra más fría que de costumbre, recibida por el correo de la mañana, no vendrá ya á enturbiar la felicidad del día entero y á ponerte triste y de mal humor; una cita no cumplida no dará al traste con tu juicio y tu buen sentido. No eras más que un esclavo, menos aún, porque en él solamente su cuerpo obedece y su espíritu puede vagar por el espacio, mientras que el pensamiento del hombre enamorado no se sabe separar de la persona á quien quiere; ahora ya te perteneces en cuerpo y alma.

—¡Ah! no esperaba yo soportar tan bien esta ruptura. Estoy contento de mí, muy contento.

—Tú no eres difícil de contentar. ¿Quieres saber por qué estás satisfecho, por qué estás tranquilo? Porque sin confesártelo esperas que no está todo terminado, que tu carta tan... digna, pero tan lacrimosa, la conmoverá y se

apresurará á volverte á llamar á su lado. ¿Mueves la cabeza, no lo crees? Ya lo veremos bien pronto. ¿Por qué esta tarde has interrumpido el paseo para ir á preguntar á tu portera si no habían traído algo para tí? No sabía yo que tenías tanta prisa en leer las cartas de tus acreedores. Porque ¿quién si no puede escribirte? Ella ó los ingleses á quienes has olvidado desde hace seis meses, y ellos á tí no; mientras que tus amigos, pagando la indiferencia tuya en la misma moneda, no dan señales de vida.

No has tenido ninguna carta y ya estás menos tranquilo que por la mañana. Si aún tienes calma es porque crees que no ha tenido tiempo material de contestarte. Esperemos.

Te has despertado más temprano que de costumbre, tiras de la campanilla y dices: Mis cartas.—No han traído ninguna, te dicen.—Y tu frente se ha arrugado, tu mirada se ha oscurecido, y tu pulso... ¡Ah! tu pulso empieza á hacer de las suyas.

Dan las doce, y nada; llega la tarde y nada; el día siguiente, tampoco. Sí, no hay duda, algo nuevo ocurre: no puedes estar quieto, indudablemente vas á ir á su casa.

XV

No me sentía bien al subir la escalera. ¡Tenía tanto miedo de no ser recibido! Pero no fué así; me recibió como si hubiese olvidado la escena del viernes anterior, el viaje á Bélgica y mi carta de despedida. Se mostró conmigo tan afectuosa que me hizo creer había sido presa de una pesadilla, que nada había cambiado y que podía, como otras veces, pedirle otra cita.

Me fué negada rotundamente.

—¿He sido reemplazado por algún otro?—
la dije sollozando.

Guardó silencio.

—¡Por favor!—respóndeme.

—No tengo nada que decir.

Esto fué todo lo que de ella obtuve, y yo no podía obligarla á hablar, ni darla un escándalo; después de lo que había pasado, de lo que había yo convenido, de lo que la había escrito, hubiese sido muy ridículo.

—¡Vaya, pues, adiós!

Me acompañó hasta la puerta, me apretó afectuosamente la mano, y me dijo:

—Hasta la vista.

—No, imposible, no te veré jamás. Esta vez sí que ha concluído todo para siempre.

* * *

Al día siguiente fui á su casa como el día antes, como otras muchas veces. El mismo afectuoso recibimiento, la misma ternura, pero contenida, algo ceremoniosa; y, sin embargo, lo bastante expresiva para hacerme la ilusión de esperar un momento de olvido, una efusión súbita de cariño, una explosión espontánea de amor... Sí, sí, es indudable. ¡Ella obedece á no sé qué consejos, qué sugestiones, qué necesidad implacable, pero me ama, me ama todavía!

* * *

Si aún te ama, ¿por qué tarda tanto en manifestártelo con calor, por qué encerrarse en esa reserva que antes traspasaba con tanta prisa? ¡Porque la han impuesto algún nuevo lazo, porque tendrá otro amante!

¡Bonita razón para una mujer como ella! ¡Pues bien! tendrá dos amantes; según tu propia expresión, habrá reunido lo útil á lo agradable. Esas clases de compromisos están muy en moda desde los más remotos tiempos. La virtud no tiene que ver nada en ello, y te

lo han dicho ya; ciertas mujeres saben amar en plural.—Sin duda ninguna, pero hay muchas que no aman más que en singular.—Son mujeres distintas de éstas.—En la clase á que pertenece puede haber también honor.—Vaya una palabra sonora, ¿y qué aplicación tiene en este caso?—No está fuera de lugar; no hay, teóricamente hablando, más que una moral eterna, universal, soberana, ¡muy bien! Pero prácticamente los hombres casi siempre tienen dos conciencias: la que podríamos llamar general, que les sirve para aborrecer los vicios y las faltas calificadas, y su conciencia personal que les hace crear deberes inherentes á la situación que ocupan, á la profesión que ejercen. A veces les sucede que hacen almoneda de la conciencia general para no obedecer más que á la conciencia personal. Este médico, por ejemplo, es un miserable; mata á disgustos á su mujer y abandona á sus hijos, pero en cambio pasa las noches á la cabecera de los enfermos: se arruina por visitar gratis. Aquél soldado es de los más perdidos; llegará un día de batalla y será un héroe. Este banquero es un bribón, pero ha robado, y una reciente causa criminal lo prueba, por hacer honor á su firma. En fin, aquella mujer es una cortesana, su conciencia particular ó profesional la impone obligaciones que se considera obligada á cumplir. Afirmase que no ha engañado nunca á sus amantes; se suceden unos á otros con rapidez vertiginosa y rara abundancia, es un desfile sin cesar renovado, pero sin promiscuidad.—Vamos, lo comprendo

ahora, tú eres víctima de la conciencia particular de tu beldad.—Sí.—¿Y qué vas hacer?—Esperar á que me llegue el turno, ó más bien á que vuelva de nuevo á tocarme la vez.—Eres prudente y calmoso.

XVI

Pero no, no soy ni calmoso ni prudente; mi paciencia y mi calma estaban tan sólo en mis ilusiones. Aún soy lo bastante imbécil para decirme: es imposible que haya sido sustituido por otro; si me ha tenido en observación ha sido por capricho, por probarme, por saber hasta dónde llegan mi abnegación, mi reserva, mi discreción... Estas ilusiones han concluido; tiene un amante, me ha dicho su nombre, le he visto. Es un peruano conocido en todo París, inmensamente rico, pero feo, amarillo, delgaducho, enfermizo.—¿Entonces no estarás celoso por lo que me has dicho hace poco?...—¡Que no estoy celoso!...—¡Ya lo verás!

Voy á buscar al peruano para prohibirle que vuelva á casa de ella, ó pedirle una satisfacción si no hace caso de mi prohibición.—¡Ah! ¡Que no estoy celoso!